

EL MENDIGO CIEGO

Volumen 1 – Sermón No. 266

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 7 DE AGOSTO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

“Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle; y llamaron al ciego, diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama. Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino.”
Marcos 10:46-52

Este pobre hombre estaba acosado por dos grandes males: la ceguera y la pobreza. Ya es bastante triste ser ciego, pero si un hombre ciego está en posesión de riquezas, hay diez mil comodidades que pueden ayudar a alegrar la oscuridad de su ojo y aliviar la tristeza de su corazón. Pero ser a la vez ciego y pobre, era una combinación de los más severos males.

Es difícil resistir el grito de un mendigo que encontramos en la calle si es ciego. Nos compadecemos del ciego cuando está rodeado de lujo, pero cuando vemos a un ciego necesitado, y siguiendo el oficio de mendigo en las calles frecuentadas, apenas podemos evitar detenernos a socorrerlo. Este caso de Bartimeo, sin embargo, no es más que una imagen de la nuestra. Todos somos ciegos y pobres por naturaleza.

Es cierto que nos consideramos capaces de ver, pero esto no es más que una fase de nuestra ceguera. Nuestra ceguera es de tal tipo que nos hace pensar que nuestra visión es perfecta, mientras que, cuando somos iluminados por el Espíritu Santo, descubrimos que nuestra vista anterior era realmente una ceguera.

Espiritualmente, estamos ciegos, somos incapaces de discernir nuestro estado perdido, incapaces de contemplar la negrura del pecado, o los terrores de la ira venidera.

La mente no renovada es tan ciega, que no percibe la belleza totalmente atractiva de Cristo, el Sol de Justicia puede surgir con la curación bajo sus alas, pero todo sería en vano para

aquellos que no pueden ver su brillo. Cristo puede hacer muchas obras poderosas en su presencia, pero no reconocen Su gloria, estamos ciegos hasta que Él haya abierto nuestros ojos.

Pero además de ser ciegos también somos pobres por naturaleza. Nuestro padre Adán gastó nuestra primogenitura y perdió nuestros bienes. El Paraíso, el hogar de nuestra raza, se ha dilapidado y nos hemos quedado en las profundidades de la mendicidad sin nada con lo que podamos comprar pan para nuestras almas hambrientas, o vestimenta para nuestros espíritus desnudos, la ceguera y la mendicidad son la suerte de todos los hombres de manera espiritual, hasta que Jesús los visite en el amor.

Miren a su alrededor, hijos de Dios, miren a su alrededor esta mañana, y verán en esta sala a muchos homólogos del pobre ciego Bartimeo sentados junto al camino pidiendo limosna. Espero que haya muchos como él aquí, que, aunque estén ciegos, desnudos y pobres, sin embargo están mendigando, anhelando obtener algo más de lo que tienen, no contentos con su posición. Con la suficiente vida espiritual y sensibilidad para conocer su miseria, han venido a este lugar mendigando.

¡Oh, que mientras Jesús pasa este día puedan tener fe para clamarle en voz alta por misericordia! ¡Oh, que su bondadoso corazón se conmueva por su emocionante grito: "¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!" Oh, que Él se vuelva y les dé la vista a los tales, para que puedan seguirle y seguir su camino regocijándose.

Esta mañana me dirigiré especialmente a las almas pobres y ciegas que se encuentran hoy aquí. La fe del pobre ciego descrita en este pasaje de la Escritura es una imagen adecuada de la fe que ruego a Dios que ustedes puedan ejercer para la salvación de sus almas.

Notaremos el origen de su fe, cómo su fe percibió su oportunidad cuando Jesús pasó, escucharemos su fe mientras llora y suplica, miraremos su fe mientras salta en alegre obediencia al llamado divino, y luego escucharemos su fe al describir su caso: "Señor, que reciba mi vista", y confío en que seremos capaces de regocijarnos junto con este pobre hombre creyente, cuando su vista sea restaurada, mientras lo vemos en la belleza del agradecimiento y la gratitud seguir a Jesús en el camino.

I. Primero, entonces, notaremos ***el origen de la fe de este pobre ciego***.

Tenía fe, porque fue su fe la que le consiguió la vista. Ahora bien, ¿de dónde la obtuvo? No se nos dice en este pasaje cómo llegó Bartimeo a creer que Jesús era el Mesías, pero creo que podemos arriesgarnos a hacer una conjetura. Es bastante seguro que Bartimeo no llegó a creer en Cristo por lo que vio. Jesús había hecho muchos milagros, muchos ojos habían visto y muchos corazones habían creído por lo que habían visto.

Bartimeo también creyó, pero ciertamente no como resultado de su vista, pues era totalmente ciego. Ningún rayo de luz había irrumpido en su alma, estaba encerrado en una espesa oscuridad y no podía ver nada. ¿Cómo fue entonces que llegó a creer? Ciertamente no pudo ser porque había viajado mucho por el país, pues los ciegos se quedan en casa, no les importa viajar lejos. No hay nada que puedan ver. Por muy bello que sea el paisaje, no pueden absorberlo con sus ojos; por muy bonitos que sean los lugares que otros puedan contemplar, no hay ningún atractivo para su mirada vacía. Por lo tanto, se quedan en casa.

Y, sobre todo, un mendigo como este, ¿cómo iba a viajar? Tal vez sería desconocido fuera de la ciudad en la que había vivido su padre Timeo, incluso en Jericó. No podría mover el corazón de los extraños a la caridad, ni sería probable que encontrara un guía que lo condujera a través de las lúgubres millas de esa tierra. Sería casi necesariamente un pobre ciego que se quedaría en casa.

Entonces, ¿cómo adquirió su fe? Creo que podría ser de esta manera. En la orilla más cercana que pudo encontrar en las afueras de Jericó, se sentó a pedir limosna a la luz del sol, pues a los ciegos siempre les gusta tomar el sol. Aunque no ven nada, hay una especie de resplandor que penetra en el órgano visual, y se regocijan en él. Al menos sienten el calor del gran orbe del día, aunque no vean su luz. Pues bien, mientras estaba sentado allí, oía a los transeúntes hablar de Jesús de Nazaret, y como los ciegos suelen ser curiosos, les pedía que se quedaran y le contaran la historia, algún relato de lo que había hecho Jesús, y le contaban cómo había resucitado a los muertos y curado al leproso, y él decía: "Me pregunto si puede dar la vista a los ciegos".

Y un día le dijeron que Jesús había devuelto la vista a un hombre que había nacido ciego. Esta fue, en efecto, la gran historia maestra que el mundo tiene que contar, pues nunca se había conocido en Israel que a un hombre que había nacido ciego se le abrieran los ojos. Creo que veo al pobre hombre cuando escucha la historia, se la bebe, aplaude y grita: "Entonces todavía hay esperanza para mí. Tal vez el Profeta pase por aquí, y si lo hace, oh, le gritaré, le rogaré que me abra los ojos también, porque si el peor caso ha sido curado, entonces seguramente el mío puede serlo".

Muchos y muchos días, mientras estaba sentado allí, volvía a llamar al transeúnte y le decía: "Ven, cuéntame la historia del hombre que nació ciego y de Jesús de Nazaret que le abrió los ojos", y tal vez hasta se cansara, como suelen hacer los ciegos.

Debía oír la historia cien veces, y siempre había una sonrisa en el rostro del pobre hombre cuando oía la refrescante narración. Nunca podía contarse demasiado, porque le encantaba oírla.

Para él era como una brisa refrescante en el calor de un sol abrasador. "Cuéntame, cuéntame, cuéntame otra vez", decía, "la dulce historia del hombre que abrió los ojos de los ciegos". Y creo que mientras estaba sentado solo, y sin poder distraer su mente con muchas cosas, siempre mantenía su corazón fijo en esa narración, y le daba vueltas, una y otra vez, hasta que en sus ensoñaciones creía que podía ver, y a veces casi imaginaba que sus propios ojos iban a abrirse también.

Tal vez en una de esas ocasiones, mientras daba vueltas a esto en su mente, se le ocurrió algún texto de la Escritura que había escuchado en la sinagoga, oyó que el Mesías vendría a abrir los ojos de los ciegos, y rápido de pensamiento, teniendo mejores ojos por dentro que por fuera, llegó enseguida a la conclusión de que el hombre que podía abrir los ojos de los ciegos no era otro que el Mesías, y desde ese día fue un discípulo secreto de Jesús.

Pudo haber oído que se burlaban de él, pero no se burló. ¿Cómo podría burlarse de quien había abierto los ojos de los ciegos? Pudo haber oído a muchos transeúntes injuriar a Cristo y llamarle impostor, pero no pudo unirse a la injuria. ¿Cómo podía ser un impostor quien daba la vista a los pobres ciegos? Me imagino que éste sería el sueño máspreciado de su vida.

Y quizás durante los dos o tres años del ministerio del Salvador, el único pensamiento del pobre ciego sería: "Jesús de Nazaret abrió los ojos de un ciego". La historia que había escuchado le hizo creer que Jesús debía ser el Mesías predicho.

Ahora, oh ciegos espirituales, pobres espirituales, ¿cómo es que no han creído en Cristo? Habéis oído las maravillas que Él ha hecho: "La fe viene por el oír". Habéis entendido cómo uno tras otro ha sido perdonado y perdona, habéis estado en la casa de Dios y habéis escuchado la confesión del penitente y el grito de alegría del creyente, y sin embargo no creéis. Has viajado año tras año al santuario de Dios, y has escuchado muchas historias, muchas narraciones gloriosas del poder perdonador de Cristo, y ¿cómo es que, oh tú, ciego espiritual, nunca has pensado en Él? ¿Por qué no le han dado vueltas a esto en sus mentes?

"Este hombre recibe a los pecadores, ¿y no me recibirá a mí?" ¿Cómo es que no has recordado que Aquel que quitó el pecado de Pablo y Magdalena puede quitar el tuyo también? Ciertamente, si una sola historia contada al oído del pobre ciego pudo darle la fe, si su fe vino por una sola escucha, ¿cómo es que, aunque has oído muchas veces que no hay salvación sin fe en Cristo, y has escuchado muchos llamamientos sinceros, no has creído?

Sin embargo, puede ser que entre estos pobres ciegos haya algunos aquí hoy que simplemente están creyendo. Todavía no se han apoderado de la fe, pero todavía en las profundidades de su alma hay algo que dice: "Sí, Él es capaz de salvarme, sé que tiene poder para perdonar", y a veces la voz habla un poco más fuerte y anima su corazón con un

pensamiento como este: "Ve a Él, no te desechará, nunca ha desechado a uno que se aventurara en Su poder y bondad."

Bien, mi querido oyente, si estás en esta situación, eres feliz, y yo soy un hombre feliz por tener el privilegio de dirigirme a ti; no pasará mucho tiempo antes de que la fe dentro de ti, que ha nacido por el oír, adquiera la fuerza suficiente para ejercitarse y obtener la bendición. Eso es lo primero, el origen de la fe del pobre ciego Bartimeo, sin duda vino por el oído.

II. Ahora, en el siguiente lugar, notaremos su fe *en su prontitud para aprovechar la bondadosa oportunidad.*

Jesús había pasado por Jericó, y al entrar en la ciudad había un ciego parado en el camino, y Jesús lo sanó. Sin embargo, Bartimeo parece haber residido al otro lado de Jericó, por lo que no recibió la bendición hasta que Cristo estaba a punto de salir de ella. Está sentado en su lugar habitual junto al camino, donde algún amigo le ha dejado, para que pueda permanecer allí todo el día y mendigar, y oye un gran ruido y un pisoteo de pies, se pregunta qué es, y pregunta a un transeúnte qué es ese ruido. "¿Por qué todo este tumulto?"

Y la respuesta es: "Jesús de Nazaret pasa". Esto no es más que un pequeño estímulo, sin embargo, su fe había llegado ahora a tal fuerza que esto le bastaba: "Jesús de Nazaret pasa". La incredulidad habría dicho: "Él pasa, no hay audiencia para ti, Él pasa, no hay esperanza de misericordia, Él está a punto de irse, y no hace caso de ti."

Porque, si tú y yo necesitáramos ánimo, querríamos que Cristo se quedara quieto, necesitaríamos que alguien dijera: "Jesús de Nazaret está quieto y te busca", ay, pero la fe de este pobre hombre era de tal carácter que podía alimentarse de cualquier corteza seca en la que nuestra pequeña y enclenque fe se hubiera muerto de hambre. Era como aquella pobre mujer que, al ser repelida, dijo: "Verdad, Señor, no soy más que un perro, pero los perros comen las migajas que caen de la mesa del amo". Sólo escuchó "Jesús de Nazaret pasa", pero eso le bastó.

Era una escasa oportunidad. Podría haber razonado consigo mismo: "Jesús está de paso, está saliendo de Jericó, seguramente no puede quedarse, ahora que está de viaje". No, más bien argumentó consigo mismo: "Si está saliendo de Jericó, con mayor razón debo detenerlo, pues ésta puede ser mi última oportunidad". Y, por lo tanto, lo que la incredulidad argumentaba como razón para detener su boca, no hizo más que abrirla aún más.

La incredulidad podría haber dicho: "Está rodeado por una gran multitud de gente, no puede llegar a ti. Sus discípulos le rodean también, estará tan ocupado en dirigirse a ellos que no mirará tu débil grito". "Ay", dijo él, "con mayor razón entonces debo gritar con todas mis fuerzas", y hace que la misma multitud de gente se convierta en un nuevo argumento por el

que debe gritar en voz alta: "Jesús de Nazaret ten piedad de mí". Así que, por muy escasa que fuera la oportunidad, le animó.

Y ahora, mis queridos oyentes, nos dirigimos a ustedes de nuevo. La fe ha estado en su corazón tal vez durante muchos días, pero cuán necios han sido, no han aprovechado las oportunidades alentadoras como podrían haberlo hecho. Cuántas veces Cristo no sólo ha pasado, sino que se ha detenido y ha llamado a su puerta, y se ha parado en su casa. Él te ha cortejado y te ha invitado, y sin embargo no has querido venir, todavía temblando y vacilando, no te atreves a ejercitar la fe que tienes, y arriesgar los resultados y venir audazmente a Él.

Él ha estado de pie en tus calles: "Lo que han sido estos años", hasta que el cabello del pobre ciego se hubiera vuelto gris por la edad. Hoy está de pie en la calle; hoy se dirige a ti y te dice: "Pecador, ven a mí y vive". Hoy se te presenta gratuitamente la misericordia, hoy se hace la declaración: "El que quiera, venga y tome gratuitamente del agua de la vida".

Pobre corazón incrédulo, ¿no te atreves a aprovechar el estímulo para venir a Él? Tus ánimos son infinitamente más grandes que los de este pobre ciego, que no se te escapan. Ven ahora, en este mismo momento, clama a Él ahora, pídele que tenga misericordia de ti, pues ahora no sólo pasa, sino que se presenta con los brazos extendidos y clama: "Ven a mí, y te daré descanso, y vida, y salvación".

Tal fue el estímulo de la fe de este hombre, y ruego que algo en el servicio de esta mañana pueda animar a algún pobre Bartimeo, que esté sentado o de pie aquí.

III. En tercer lugar, después de haber notado cómo la fe del ciego descubrió y aprovechó esta oportunidad, el paso del Salvador bondadoso, tenemos que **escuchar el grito de fe**.

El pobre ciego sentado allí es informado de que se trata de Jesús de Nazaret. Sin un momento de pausa o preámbulo, se levanta y comienza a gritar: "Hijo de David, ten piedad de mí; Hijo de David, ten piedad de mí". Pero Jesús está en medio de un buen discurso, y a sus oyentes no les gusta que le interrumpen: "¡Cállate, ciego! Vete. No puede atenderte".

Sin embargo, ¿qué dice la narración sobre él? "gritó mucho más", no sólo gritó más, sino que gritó mucho más. "Hijo de David, ten piedad de mí".

"Oh", dice Pedro, "no interrumpas al Maestro, ¿por qué haces tanto ruido?" "Tú, Hijo de David, ten piedad de mí", repite.

"Quítenlo", dice uno, "interrumpe todo el servicio, llévenselo", y así trataron de moverlo, pero él grita con más vigor y vehemencia: "Hijo de David, ten piedad de mí; Hijo de David, ten piedad de mí". Creo que escuchamos su grito. No es para ser imitado, ningún artista podría

arrojar en una expresión tal vehemencia o tal emoción como la que este hombre lanzaba: "Hijo de David, ten misericordia de mí".

Cada palabra hablaría, cada sílaba sugeriría un argumento, habría la propia fuerza, y el poder, y la sangre, y el nervio de la vida de ese hombre arrojado en ella, sería como Jacob luchando con el ángel, y cada palabra sería una mano para agarrarlo para que no se fuera. "Hijo de David, ten piedad de mí".

Tenemos aquí una imagen del poder de la fe. En todos los casos, pecador, si quieres ser salvado, tu fe debe ejercitarse en el clamor. La puerta del cielo debe abrirse sólo de una manera, mediante el uso muy serio de la aldaba de la oración. No puedes tener tus ojos abiertos hasta que tu boca esté abierta. Abre tu boca en oración, y Él abrirá tus ojos para que veas, y así encontrarás gozo y alegría.

Fíjate que cuando un hombre tiene fe en el alma y seriedad combinada con ella, orará de verdad. No llaméis oraciones a esas cosas que oís leer en las iglesias. No os imaginéis que esas oraciones son oraciones que oís en nuestras reuniones de oración. La oración es algo más noble que todo eso. Es la oración, cuando la pobre alma en algún problema de peso, desmayada y sedienta, levanta sus ojos llorosos, y se retuerce las manos, y se golpea el pecho, y entonces clama: "Tú, Hijo de David, ten misericordia de mí".

Tus frías oraciones nunca llegarán al trono de Dios. Es la lava ardiente del alma que tiene un horno en su interior, un verdadero volcán de pena y de dolor, es esa lava ardiente de la oración la que encuentra su camino hacia Dios. Ninguna oración llega al corazón de Dios que no salga de nuestro corazón. Nueve de cada diez oraciones que ustedes escuchan en nuestros servicios públicos tienen tan poco celo en ellas, que, si obtuvieran una bendición, sería en verdad un milagro de milagros.

Mis queridos oyentes, ¿buscan ahora a Cristo en oración sincera? No teman ser demasiado serios o demasiado perseverantes. Vayan a Cristo este día, agonicen y luchen con Él, ruéguele que tenga misericordia de ustedes, y si no los escucha, vayan a Él otra vez, y otra vez, y otra vez. Siete veces al día invócalo, y resuelve en tu corazón que nunca dejarás de orar hasta que el Espíritu Santo haya revelado a tu alma el perdón de tu pecado.

Cuando una vez que el Señor lleva a un hombre a esta resolución, "Seré salvado. Si perezco, aún iré al trono de la gracia y pereceré sólo allí," ese hombre no puede perecer. Es un hombre salvado, y verá el rostro de Dios con alegría. Lo peor de nosotros es que oramos con un poco de seriedad espasmódica y luego cesamos. Comenzamos de nuevo, y entonces una vez más el fervor cesa y dejamos nuestras oraciones.

Si queremos conseguir el cielo, debemos tomarlo no por un asalto desesperado, sino por un bloqueo continuo. Debemos tomarlo con el disparo al rojo vivo de la oración ferviente. Pero ésta debe ser disparada día y noche, hasta que por fin la ciudad de los cielos se rinda ante nosotros. El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos deben tomarlo por la fuerza. Contempla el valor de este hombre. Muchos se lo impiden, pero no deja de orar. Así pues, si la carne, el diablo y vuestros propios corazones os piden que dejéis de suplicar, no lo hagáis nunca, sino que gritad mucho más: "Hijo de David, ten piedad de mí".

Debo observar aquí la sencillez de la oración de este hombre. No quería una liturgia ni un libro de oraciones en esta ocasión. Había algo que necesitaba y lo pidió. Cuando tenemos nuestras necesidades a mano, normalmente nos sugieren el lenguaje adecuado.

Recuerdo un comentario del pintoresco y viejo Bunyan, hablando de los que hacen oraciones por los demás: "El apóstol Pablo dijo que no sabía por qué orar, y sin embargo", dice, "hay muchos infinitamente inferiores al apóstol Pablo, que pueden escribir oraciones, que no sólo saben por qué orar y cómo orar, sino que saben cómo deben orar otras personas, y no sólo eso, sino que saben cómo deben orar desde el primer día de enero hasta el último de diciembre".

No podemos prescindir de la fresca influencia del Espíritu Santo que sugiere palabras en las que se pueden expresar nuestras necesidades, y en cuanto a la idea de que cualquier forma de oración se adapte alguna vez a un creyente despierto e iluminado, o que sea alguna vez adecuada y apropiada para los labios de un pecador penitente, no puedo imaginarlo. Este hombre clamó desde su corazón, las palabras que surgieron primero, las más simples que podrían expresar su deseo: "Hijo de David, ten misericordia de mí". Ve y haz tú lo mismo, pobre pecador ciego, y el Señor te escuchará, como lo hizo con Bartimeo.

Por encima del zumbido y del ruido de la multitud, y del sonido del pisoteo de los pies, se oye una dulce voz que habla de misericordia, de amor y de gracia. Pero más fuerte que esa voz se oye un grito desgarrador, un grito repetido muchas veces, que cobra fuerza con la repetición, y aunque la garganta que lo emite está ronca, el grito es cada vez más fuerte: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí".

El Maestro se detiene. El sonido de la miseria en serio para ser aliviado nunca puede ser descuidado por Él. Mira a su alrededor, allí está sentado Bartimeo. El Salvador puede verlo, aunque él no puede ver al Salvador. "Tráelo a mí", dice Él, "que venga a mí, para que tenga misericordia de él". Y ahora, los que le habían pedido que contuviera su clamor cambian de nota, y reuniéndose en torno a él le dicen: "Anímate, levántate, te llama".

Ah, pobres consoladores, no lo calmaban cuando lo necesitaba. ¿Qué le importaba ahora

todo lo que tuvieran que decir? El Maestro había hablado, eso era suficiente, sin su ayuda oficiosa. Sin embargo, gritan: "Levántate, te llama", y lo conducen, o están a punto de conducirlo, a Cristo, pero él no necesita que lo conduzcan, y empujándolos a un lado, arroja hacia atrás el manto con el que se envolvió durante la noche, sin duda, un manto harapiento, y arrojando eso, el ciego parece como si realmente viera de inmediato. El sonido lo guía, y con un salto, dejando su manto detrás de él, agitando sus manos por la gran alegría, allí está en la presencia de Aquel que le dará la vista.

IV. Nos detenemos aquí para observar con qué entusiasmo obedeció el llamado.

El Maestro no tuvo más que hablar, sino quedarse quieto, y ordenar que se le llamara, y viene. No se necesita ninguna presión. Pedro no necesita tirar de él por un brazo, ni Juan por el otro. No, él se adelanta de un salto y viene con gusto. "Me llama, ¿y me quedo atrás?"

Y ahora, mis queridos oyentes, ¿cuántos de ustedes han sido llamados bajo el sonido del ministerio, y sin embargo no han venido? ¿Por qué? ¿Pensaron que Cristo no hablaba en serio cuando dijo: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar"? ¿Por qué siguen con sus trabajos, y siguen cargados? ¿Por qué no vienen? Oh, ¡venid! ¡Salta hacia Aquel que te llama!

Te ruego que te desprendas de las vestiduras de tu mundanalidad, del vestido de tu pecado. Deshazte del manto de tu justicia propia, y ven, ven. ¿Por qué te lo pido? Ciertamente, si no vienes a la orden del Salvador, no vendrás a la mía. Si tus propias y severas necesidades no te hacen acudir a Su bondadoso llamado, seguramente nada de lo que yo diga podrá moverte jamás.

Oh, mis pobres hermanos y hermanas ciegos, vosotros que no podéis ver a Cristo como vuestro Salvador, vosotros que estáis llenos de culpa y miedo, Él os llama...

***"Venid cansados, cargados,
perdidos y arruinados por la caída".***

Venid vosotros, los que no tenéis esperanza, ni justicia, los desterrados, los desanimados, los perdidos, los arruinados, ¡venid! ¡Venid hoy! Quien quiera, en sus oídos clama hoy la misericordia: "¡Levántate, te llama!" Oh, Salvador, llámalos eficazmente. Llama ahora, deja que el Espíritu hable.

Oh, Espíritu del Dios viviente, dile al pobre prisionero que venga, y que salte para soltar sus cadenas. Sé que lo que me alejó durante mucho tiempo del Salvador fue la idea de que Él nunca me había llamado, y sin embargo, cuando llegué a Él, descubrí que desde hace mucho tiempo me había invitado, pero yo había cerrado mi oído, pensé que seguramente había

invitado a todos los demás a Él, pero yo debía quedar fuera, el más pobre y el más vil de todos.

Oh, pecador, si tal es tu conciencia, entonces eres uno de los que la invitación está especialmente dirigida. Confía en Él ahora, tal como eres, con todos tus pecados, ven a Él y pídele que te perdone, alega su sangre y sus méritos, y no puedes, no debes, alegarte en vano.

V. Procedemos a la conclusión. El hombre ha venido a Cristo, escuchemos su **petición**.

Jesús, con amorosa condescendencia lo toma de la mano y para ponerlo a prueba, y para que toda la multitud viera que realmente sabía lo que quería, Jesús le dijo: "¿Qué quieres que te haga?" Qué clara fue la confesión del hombre, ni una palabra de más, no podía haberla dicho con una palabra menos: "Señor, que reciba la vista". No hubo tartamudeo aquí, no tartamudeó, y dijo: "Señor apenas sé qué decir". Simplemente lo dijo de una vez: "Señor, que reciba la vista".

Ahora bien, si hay algún oyente en esta casa que tenga una fe secreta en Cristo, y que haya escuchado la invitación esta mañana, permítanme rogarles que vayan a su casa, a su habitación, y allí, arrodillados junto a su cama, imaginen por fe al Salvador diciéndoles: "¿Qué quieres que te haga?" Pónganse en sus rodillas, y sin dudar dígame todo, dígame que es culpable y que desea que le perdone. Confiesa tus pecados, no te guardes ninguno. Di: "Señor, te imploro que perdones mis borracheras, mis blasfemias, o lo que sea de lo que haya sido culpable", y luego sigue imaginando que le oyes decir: "¿Qué quieres que te haga?"

Dile: "Señor, quiero ser guardado de todos estos pecados en el futuro. No me contentaré con ser perdonado, quiero ser renovado", dile que tienes un corazón duro, pídele que lo ablande; dile que tienes un ojo ciego, y que no puedes ver tu interés en Cristo. Pídele que lo abra, confiesa ante Él que estás lleno de iniquidad y que eres propenso a extraviarte, pídele que tome tu corazón y lo lave, y luego que lo ponga en las cosas de arriba, y que no permita que se encariñe más con las cosas de la tierra.

Díganle claramente, hagan una confesión franca y completa en Su presencia, y qué tal si ocurriera, mi querido oyente, que este mismo día, mientras están en su recámara, Cristo les diera el toque de gracia, quitara sus pecados, salvara su alma, y les diera el gozo de saber que ahora son hijos de Dios, y herederos del cielo. Imita al ciego en la explicitud y franqueza de su confesión y su petición: "Señor, que reciba la vista".

Una vez más, qué alegre es el hecho de que el ciego, apenas hubo manifestado su deseo, recibió inmediatamente la vista. ¡Oh, cómo debe haber saltado en ese momento! ¡Qué alegrías debieron invadir su espíritu! No vio a los hombres como si fueran árboles caminando, sino que recibió la vista de inmediato, no un destello, sino una brillante y completa ráfaga de luz solar que cayó sobre sus ojos en penumbra.

Algunas personas no creen en las conversiones instantáneas, sin embargo, son hechos. Muchos hombres han entrado en esta sala con todos sus pecados, y antes de salir de ella han sentido que sus pecados han sido perdonados. Ha llegado aquí como un réprobo endurecido, pero desde ese día ha salido para llevar una vida nueva y caminar en el temor de Dios.

El hecho es que hay muchas conversiones que son graduales, pero la regeneración después de todo, al menos en la parte de ella llamada "vivificación", debe ser instantánea, y la justificación se le da a un hombre tan rápidamente como el relámpago. Estamos llenos de pecado una hora, pero es perdonado en un instante, y los pecados pasados, presentes y por venir, son arrojados a los cuatro vientos del cielo en menos tiempo que el reloj tarda en batir la muerte de un segundo. El ciego vio inmediatamente.

Y ahora, ¿qué imaginas que hará este hombre en cuanto se le abran los ojos? Si tiene un padre, ¿no irá a verlo? Si tiene una hermana o un hermano, ¿no anhelará llegar a su casa? Sobre todo, tiene una compañera de su pobre existencia ciega, ¿no la buscará para ir a decirle que ahora puede contemplar el rostro de quien tanto tiempo le ha amado y llorado? ¿No querrá ahora ir a ver el templo, y sus glorias? ¿no desea ahora contemplar las colinas y todas sus bellezas, y contemplar el mar y sus tormentas y todas sus maravillas?

No, sólo hay una cosa que el pobre ciego anhela ahora, que pueda ver siempre al hombre que le ha abierto los ojos. "Siguió a Jesús en el camino". Qué hermoso cuadro es este de un verdadero converso. En el momento en que sus pecados son perdonados, lo único que quiere hacer es servir a Cristo.

Le pica la lengua para contar a alguien más la misericordia que ha encontrado. Anhela ir a la siguiente tienda y decirle a algún compañero de trabajo que sus pecados han sido perdonados. No puede conformarse. Piensa que podría predicar ahora.

Pónganlo en el púlpito, y aunque hubiera diez mil personas delante de él, no se avergonzaría de decir: "Me ha sacado del barro cenagoso, y del pozo horrible, y ha puesto mis pies sobre una roca, y ha puesto un cántico nuevo en mi boca, y ha afirmado mis pasos".

Todo lo que pide ahora es: "Señor, quiero seguirte adondequiera que vayas. Haz que nunca pierda tu compañía. Haz que mi comunión contigo sea eterna. Haz que mi amor aumente. Que mi servicio sea continuo, y que en esta vida pueda caminar con Jesús, y en el mundo venidero todo lo que pido es que pueda vivir con Él."

Ves a la multitud que avanza ahora. ¿Quién es ese hombre en medio con cara tan alegre? ¿Quién es ese hombre que ha perdido su vestimenta superior? Ved que lleva el vestido de un mendigo. ¿Quién es? No pensarías que hay mendicidad en él, pues sus pasos son firmes y sus

ojos brillan y centellean, y escúchalo, mientras avanza, a veces está pronunciando un pequeño himno o canción, otras veces cuando otros están cantando, escucha sus notas, las más fuertes de todas.

¿Quién es este hombre, siempre tan feliz y lleno de agradecimiento? Es el pobre ciego Bartimeo, que una vez se sentó junto al camino a pedir limosna. ¿Y ves a aquel hombre, a su hermano y a su prototipo? ¿Quién es el que canta con tanto entusiasmo en la casa de Dios, y que cuando está sentado en esa casa, o caminando por el camino está continuamente tarareando para sí mismo, alguna melodía de alabanza?

Oh, es ese borracho al que se le han perdonado sus pecados, es ese blasfemo al que se le ha limpiado su profanidad, es la que antes era una ramera, pero ahora es una de las hijas de Jerusalén; es la que antes llevaba a otros al infierno, la que ahora lava los pies de su Redentor y los enjuga con los cabellos de su cabeza. Oh, quiera Dios que esta historia de Bartimeo se escriba de nuevo en su experiencia, y que todos ustedes se encuentren por fin donde la luz eterna de Dios haya ahuyentado toda ceguera, y donde los habitantes no digan nunca: "Estoy enfermo".

EstudiaLaPalabra.org